

## RESEÑAS DE LIBROS

### CRECIMIENTO Y BIENESTAR EN AMÉRICA LATINA: NUEVOS ENFOQUES

*Living Standards in Latin American History: Height, Welfare,  
and Development, 1750-2000*

Ricardo D. Salvatore, John H. Coatsworth y Amílcar E. Challú, Editors<sup>1</sup>  
Harvard University David Rockefeller Center for Latin American Studies  
Harvard University Press, Cambridge, Mass., 2011, 313 p.

Inicié la lectura de este libro disfrutando mucho la Introducción, donde los editores plantean los propósitos de la obra, y, en particular, examinan el tema de los orígenes coloniales o republicanos de las desigualdades en América Latina. Contrario a los que sostienen los trabajos de Acemoglu, Johnson y Robinson<sup>2</sup> y

---

<sup>1</sup> Ricardo D. Salvatore es profesor de historia de la Universidad Torcuato Di Tella en Buenos Aires, Argentina; John H. Coatsworth es el director de la Escuela de Asuntos Públicos e Internacionales y profesor de historia en Columbia University, Nueva York; y Amílcar E. Challú es profesor asistente de historia en Bowling Green State University, en Ohio, Estados Unidos.

<sup>2</sup> Algunos de los trabajos de estos autores son: Daron Acemoglu, Simon Johnson y James Robinson, «The Colonial Origins of Comparative Development: An Empirical Investigation», *American Economic Review*, 91, 5, 2001; Daron Acemoglu, Simon Johnson y James Robinson, «Reversal of Fortune: Geography and Institutions in the Making of the Modern World», *Quarterly Journal of Economics*, 117, 4, 2002; y Daron Acemoglu y James Robinson, «The Role of Institutions in Growth and Development», *Review of Economics and Institutions*, Università di Perugia, Dipartimento Economia, Finanza e Statistica, vol. 1(2), 2010.

de Engerman y Sokoloff<sup>3</sup>, los de Williamson, Coatsworth y otros<sup>4</sup> consideran que las raíces de las altas inequidades de la región se remontan a las instituciones que se formaron en la república, como resultado del crecimiento económico orientado a las exportaciones que se dio en el siglo XIX. Siguiendo esta línea, los editores de esta obra argumentan que los trabajos de antropometría histórica pueden aportar evidencia en apoyo de este nuevo enfoque.

La historiografía del bienestar de los países ha ido evolucionando con la incorporación de nuevos enfoques para aproximarse al tema. Los primeros estudios consideraban que el producto interno bruto (PIB) podría ser una buena aproximación para medir el bienestar de los habitantes. Posteriormente, otros autores comenzaron a cuestionar que el PIB solamente estaría reflejando el crecimiento en la producción, excluyendo otras variables que podrían también estar influenciando el bienestar, tales como el grado de educación y la salud que disfrutaban los habitantes de un país. A partir de esta propuesta se construye el índice de desarrollo humano (IDH), que contempla tres componentes para medir el bienestar: PIB, educación y salud. En los últimos años, ha surgido la estatura como una variable que refleja con bastante exactitud el estándar de vida que disfruta una población. La estatura humana depende, por supuesto, de factores genéticos. Pero el potencial de crecimiento está condicionado por el efecto neto de, por un lado, la nutrición, y, por otro, las enfermedades y el esfuerzo físico (por ejemplo, en el trabajo). En consecuencia, los aumentos de estatura en el tiempo son un buen indicador del bienestar de las personas.

Los trabajos de Salvatore sobre Argentina y Challú sobre México aportan evidencia que apoya los orígenes republicanos de las desigualdades latinoamericanas. En particular, encuentran que las diferencias regionales y de clases en la estatura

---

<sup>3</sup> Véanse, de Stanley Engerman y Kenneth L. Sokoloff, «Factor Endowments, Institutions, and Differential Paths of Growth Among New World Economies», en S. Haber (editor), *How Latin America Fell Behind*, Stanford University Press, 1997, e «Institutional and Non-Institutional Explanations of Economic Differences», NBER Working Paper Series, 9989, National Bureau of Economic Research, Cambridge, Mass., September, 2003.

<sup>4</sup> Véanse John Coatsworth, «Economic and Institutional Trajectories in Nineteenth-Century Latin America» in *Latin America and the World Economy Since 1800*, editado con Alan M. Taylor (Cambridge: Harvard University Press, 1998); John Coatsworth y Guido Tortella, «Institutions and Long-Run Economic Performance in Mexico and Spain, 1800-2000», Working Papers on Latin America, Paper No. 02/03-1, David Rockefeller Center for Latin American Studies, Harvard University, Cambridge, Mass., 2002; John Coatsworth (2005), «Structures, Endowments, Institutions, and Growth in Latin American Economic History», *Latin American Research Review*, 2005; y Richard Bates, John Coatsworth y Jeffrey Williamson, «Lost Decades: Postindependence Performance in Latin America and Africa», *The Journal of Economic History*, Cambridge University Press, vol. 67(04), 2007.

de los adultos al final de la era colonial eran significativas pero menores que las que han sido reportadas en la mayoría de los estudios realizados en países europeos. El hecho de que esas diferencias se incrementaron en el periodo republicano es presentado por los editores como evidencia de que las inequidades en esos dos países se originaron después de las independencias. Sin embargo, aún hay mucho trabajo por desarrollar en el resto de países latinoamericanos para llegar a conclusiones más sólidas sobre los orígenes de las inequidades regionales. En particular, se hace necesario verificar la hipótesis en los distintos países, de tal forma que se puedan generalizar las conclusiones.

El otro elemento que se destaca en la Introducción, y que se refleja en los otros trabajos incluidos en el libro, son los aportes que pueden brindar los estudios sobre el bienestar humano y biológico en el análisis histórico del desarrollo. En la medida en que la aproximación metodológica en este campo ha estado basada en la información disponible sobre el PIB, existen limitaciones para evaluar el desempeño en aquellos periodos para los cuales no hay cifras disponibles. Además, las medidas alternativas de bienestar humano y biológico también permitirían superar varias de las restricciones que tiene el PIB per cápita para reflejar la estructura económica o el progreso social de una sociedad. Es en estos frentes donde los trabajos incluidos en este libro pretenden hacer una contribución a la historia de los estándares de vida en América Latina, suministrando evidencia que, en algunos casos, permite revisar ciertos conceptos que tradicionalmente se han concebido sobre el bienestar en la región.

Un primer aporte es el trabajo de Maoramay López-Alonso sobre México. Los historiadores económicos de mediados del siglo XX argumentaban que los estándares de vida de la clase obrera se deterioraron durante la última década de la administración de Porfirio Díaz y mejoraron después de la Revolución de 1910. López-Alonso encontró que la estatura en México se estancó hasta finales de la década de 1930. Al parecer los cambios en la política de tenencia de tierra adoptados en la década de 1870 y durante las primeras décadas de la administración de Díaz tuvieron un efecto adverso en los niveles de vida de las clases populares. Luego de un crecimiento en la mitad del Porfiriato, la estatura declinó sustancialmente. Esto lleva a la autora a plantear que el crecimiento del proletariado industrial y la Revolución de 1910 frenaron el bienestar de las clases populares. Sorprendentemente, encuentra que, al parecer, las reformas introducidas en el campo de la salud y en los mercados laboral y de tierras tuvieron muy poco efecto en las mejoras de las condiciones de vida de la clase obrera mexicana durante ese periodo.

La investigación de Adolfo Meisel y Margarita Vega sobre el comportamiento de la estatura de un grupo perteneciente a la élite colombiana de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, arroja un par de conclusiones interesantes sobre la tendencia del bienestar en nuestro país. Meisel y Vega encuentran un estancamiento en la estatura del grupo, que atribuyen a las pobres condiciones de salud de la época. Los autores argumentan que, en la medida en que este grupo podía alimentarse bien y no vivía en hacinamiento, las malas condiciones de higiene en las ciudades colombianas podrían explicar el estancamiento en la estatura. En pocas palabras, eran tan pobres las condiciones de salubridad que ni los grupos más favorecidos de la sociedad colombiana escapaban de sus consecuencias. Por otra parte, sorprende que, a pesar del estancamiento, la élite colombiana resultara ser significativamente más alta que la población que no pertenecía a esta (en promedio unos cinco centímetros). Esto lleva a pensar que la población menos favorecida no sólo padecía los problemas generados por las malas condiciones de salud, sino que también sufría del mediocre crecimiento económico y de las condiciones de hacinamiento que enfrentaba un obrero colombiano típico en esa época.

El artículo de Ricardo Salvatore examina la evolución de distintos indicadores de bienestar en Argentina durante las primeras décadas del siglo XX. Llamó mi atención el hecho de que los indicadores de bienestar muestran un mejor comportamiento durante la década de 1930 que en el periodo 1900-1914. Este último lapso ha sido considerado tradicionalmente como la edad de oro de la economía argentina, gracias al crecimiento importante del producto como fruto de las exportaciones agrícolas. Sin embargo, la evidencia que aporta Salvatore indicaría que la mayor producción no necesariamente implicó cambios en el nivel de bienestar de los argentinos. Es en estos aspectos donde un análisis de las condiciones de vida permite superar las restricciones de ciertas variables como el PIB, pues incrementos en la producción no necesariamente se ven reflejados en mejoras en el bienestar de toda la población.

El capítulo de Monasterio, Noguero y Shikida sobre el crecimiento y las inequidades de estatura en Brasil, en el periodo 1939-1981, aporta nuevos elementos a una controversia política vigente en ese país en los últimos años. A partir de los resultados de la encuesta de hogares 2002-2003, algunos investigadores concluyeron que la obesidad era un problema más serio que la desnutrición en grupos de bajos ingresos. Sin embargo, otros grupos, especialmente los funcionarios del gobierno del presidente Lula, que inició campañas para erradicar el hambre, argumentaban que los resultados de la encuesta estaban equivocados. Los autores de este artículo hacen una contribución a este debate, dirigiendo su atención a la

estatura, en vez del peso, y concluyen que, a pesar de las mejoras sociales que tuvieron lugar en Brasil durante el siglo xx, aún existe un camino largo por recorrer antes de que ese país alcance patrones de equidad y bienestar aceptables.

Bértola, Camou, Maubridgades y Melgar, por su parte, introducen algunas variaciones metodológicas al Índice de Desarrollo Humano (IDH), que consideran ayudarían a tener una mejor aproximación a la medición del bienestar. El punto central de estos autores es determinar cómo las medidas de inequidad afectan el IDH. Teniendo en cuenta la inequidad en la distribución de sus componentes (PIB, educación y esperanza de vida), construyen un IDH histórico ajustado por las tendencias en inequidad. Las limitaciones en información los llevaron a analizar estos cambios únicamente en Estados Unidos y Uruguay. Luego de varias transformaciones en el IDH tradicional, tengo la sensación que los autores no llegan a una conclusión clara sobre las ventajas de la nueva aproximación, pues terminan concluyendo que «mientras la inequidad afecta el desarrollo humano en los dos países, ella no ayuda a entender las diferencias entre los dos». Como bien lo dicen los autores, todavía hay mucho camino por recorrer en este frente del conocimiento. Aplicar la metodología en un mayor grupo de países podría ayudar a interpretar mejor sus resultados.

El trabajo de McGuire sobre las tasas de mortalidad infantil en Chile es bastante llamativo, en particular porque el autor intenta explicar cómo los políticos y las políticas públicas durante regímenes democráticos y autoritarios afectaron el comportamiento de la tasa de mortalidad infantil. Si bien bajo las dos eras se dio una caída en la mortalidad infantil, la más profunda se registró en el mandato del general Pinochet, cuando cayó de 66 por mil en 1973 a 20 por mil en 1984, uno de los descensos más grandes registrado en el mundo. Una primera conclusión de McGuire es que esto no fue el resultado del crecimiento económico, pues durante esos años el desempeño de la economía no fue el mejor. Argumenta, entonces, que, al parecer, la provisión de bienes públicos sociales básicos es el factor que mejor ayuda a explicar ese descenso. Entre 1960 y 1995, Chile lo hizo muy bien en educación, asistencia nutricional y expansión del acceso a acueducto y alcantarillado. Los avances habían comenzado en los gobiernos democráticos y luego fueron continuados por el gobierno militar. De igual manera, se muestra cómo las mejoras en el sistema de salud, tanto preventiva como curativa, también contribuyeron a disminuir la mortalidad infantil. McGuire argumenta que el establecimiento de un estado social en Chile se originó en los gobiernos previos al régimen militar, que los siguió respaldando, en parte porque le interesaba mejorar su imagen internacional. Siento que la posición del autor tiende a minimizar

lo hecho en la administración de Pinochet, al cual solamente le atribuye la virtud de continuar la política. Pero creo que no se deben desconocer ciertos méritos del régimen. Por ejemplo, son conocidos a nivel internacional los importantes esfuerzos realizados en ese periodo para focalizar el gasto social en la población más pobre.

Finalmente, hay un interesante trabajo de Luis Rios y Barry Bogin sobre los estándares de vida en Guatemala. En particular, me llamó la atención el alto grado de retraso en el crecimiento que presentan los niños guatemaltecos. En 2002, aproximadamente 48% de aquellos en preescolar y primaria registran ese problema, muy superior al promedio latinoamericano (13%) y centroamericano (22%). Otra evidencia destacable que muestran los autores es la diferencia que alcanzan en estatura los niños mayas que crecieron en Estados Unidos con relación a los que permanecieron en Guatemala. En efecto, encontraron que, a la edad de 12 años, los maya-americanos eran, en promedio, 12 centímetros más altos que los maya-guatemaltecos. Distintos autores han argumentado que las condiciones agrícolas adversas, las dificultades en comunicaciones y los regímenes de tenencia de la tierra explican la situación señalada. Esto es todavía más preocupante si se considera el escenario guatemalteco, caracterizado por una carga tributaria y un gasto social bajos. Las posibilidades de tener una política pública activa orientada a corregir estas dificultades son muy limitadas.

En síntesis, el libro editado por Salvatore, Coatsworth y Challú entrega importantes elementos para la discusión de los orígenes de las desigualdades y al análisis de los niveles de bienestar en América Latina. No obstante, queda aún mucho camino por recorrer en este debate y los historiadores económicos de la región tienen varias líneas de investigación para profundizar en los próximos años. En particular, algunos de los trabajos que hacen parte de este libro corroboran que los cambios en productividad y en el PIB per cápita tienden a estar poco correlacionados con los cambios en el bienestar biológico. Por lo tanto, la profundización en el estudio de este tipo de bienestar brindará una mejor comprensión del grado de desarrollo económico y social en nuestra región. Por último, es importante destacar que la Asociación Española de Historia Económica (AEHE) otorgó recientemente a esta obra el Premio Jaume Vicens Vives como el «Mejor libro de historia económica de España y Latinoamérica publicado en el bienio 2009-2010».

JAIME BONET MORÓN

Banco Interamericano de Desarrollo